

ANIVERSARIO DE LA CAMPANA MAYOR..

Esta, que os voy a contar, es la historia de mi longeva vida que comenzó exactamente hace 100 años.

Evidentemente, supongo que igual que todos vosotros, no me acuerdo del día que nací, aunque sí sé que fue el año 1912 .

Bueno, eso de nacer es muy relativo, debería decir, más bien, renací, pues un accidente, cuya razón desconozco, me privó de mi única razón de ser; el sonido; y por ello hube de pasar por el difícil trance de ser fundida de nuevo y adquirir una naturaleza totalmente nueva. Por entonces, el cura del pueblo era D. Antoliano Rodríguez y el alcalde D. Nicolás Fernández.

Seguramente fueron ellos quienes realizaron las gestiones oportunas para que volviera a renacer de nuevo en Logroño, el año 1912, en la empresa de fundiciones Perea. Ellos fueron, sin duda, mis padrinos en el acto de bendición y bautismo. Este renacimiento me supuso nuevo jubo, nueva copa, nuevo badajo y nuevos todos los elementos y matices del sonido, aunque no nueva ubicación pues me colocaron en el mismo sitio que antaño.

Puestos a no saber, no sé ni el nombre que me pusieron, como suelen hacerlo a las campanas nuevas, aunque tengo una inscripción que dice: “Jesús, María y José. Año 1912.”.

Poco importa, en todo caso, que me pusieran un nombre u otro, porque a partir de aquel momento en que fui ubicada en el campanario todos comenzaron a llamarme “La grande”, para distinguirme de mi compañera “la de muerto” y el campanillo.. La de muerto lleva aquí casi 200 años y el campanillo casi un siglo más, aunque ahora no está ubicado en su sitio habitual y permanece en buenas manos y en proceso de recuperación.

Cuando regresé al pueblo, tuve la grata sensación de volver al hogar. Al acercarme al pueblo instalado en el carromato que a tal efecto usaron y tirado por machos, pude ver desde abajo, desde una nueva perspectiva, mi antigua ubicación. Estaba allá arriba, dominando todo el pueblo, impartiendo mi bendición sobre todos los tejados del pueblo a mis pies. Era, sin duda, una situación privilegiada, espléndida, pero limitada también a la vista, pues me privaba de espacios y rincones, de fachadas, luces y sombras. Todo ello era nuevo para mí ahora. Nuevo sonidos, nuevos olores, nuevos

rostros vistos al ras del suelo. Desde Enciso hasta el Villar pude disfrutar de la contemplación del curso sinuoso del río. Los huertos de su margen izquierda se me ofrecían dispuestos en bancales, Podía admirar la textura y el color de la tierra, parcelada en eras en unos y canteros alargados en otros huertos. Aquí y allá, como sembrados a voleo, aparecían arboles frutales inusualmente grandes y desproporcionados para el tamaño de los huertos. Manzarío, a la izquierda, poblado de álamos blancos, que resaltaban sobre la tierra parda de su entorno.

Poco a poco el pueblo fue apareciendo ante mí. La nueva perspectiva me lo ofreció cobijado bajo un manto rojo de tejas que se extendían a los pies del campanario.

El polvo del camino me resultó extraño. Había perdido con el tiempo la sensación de tenerlo pegado a mi piel y se me antojo como una caricia.

En la plaza me esperaban unas andas confeccionadas al efecto, con grandes varas. Una docena de hombres me fueron subiendo calle arriba hasta la base del campanario. En los vanos huecos de la parte superior de las puertas de las casas se agolpaban rostros renegridos de las mujeres, enmarcados en pañuelos negros y los niños correteaban calle arriba y abajo excitados, si duda, por la novedad del evento. El empedrado de la calle, los poyos en la puerta de las casas, la textura de las tablas de las puertas, sus gateras, las flores de las ventanas, el olor de los excrementos de los animales esparcido por la calle.... todo ello me fue impregnando y volvieron a mi memoria las parecidas experiencias de cuando hice este mismo recorrido por primera vez hace casi 100 años. ¡Qué poco había cambiado todo!.

Mediante un sistema rudimentario, pero muy efectivo, de poleas fui izada hasta el campanario y tras unos precisos movimientos de los hombres, quedé, al fin, alojada, con los apoyos encajados perfectamente en los agujeros de la pared confeccionados al efecto. Mi viaje había finalizado. A partir de ahora volvía a la vida rutinaria de siempre.

En un extraño sentimiento de protección, sentí como si todo el pueblo se cobijase bajo mí copa y yo marcase el ritmo de la vida de todos y cada uno de los habitantes del pueblo. Mi compañera, la campana de muerto volvió a cumplir su anterior función y el campanillo, que fue quien en realidad suplió mi labor en mi ausencia volvió a su silenciosa inactividad, alojado allí en lo más alto de la pequeña espadaña.

Pasados unos días, el trajín en las calles volvió a serme familiar. Comencé a acostumbrarme al sonido ronco de los goznes de las puertas de las casas. Me acostumbré a escuchar atenta la algarabía que producían los niños con sus juegos en la

plaza. Llegué a discernir el sonido de los cascos de las caballerías sobre el empedrado de la calle. El cierzo y el bochorno comenzaron a hacérseme familiares. La cellisca y las tormentas me enseñaron a ser impasible. Me pasaba horas enteras siguiendo el vuelo anárquico de las golondrinas y el piar de las crías de los gorriones que anidaban a escaso metros, me parecía la mejor de las músicas.

Todo esto que os cuento lo he padecido o disfrutado para poder realizar con éxito mi labor diaria desde aquí arriba, sin moverme ni un solo paso.. De esta labor me siento muy orgullosa, aunque ahora, a decir verdad, desde que el pueblo se quedó semidespoblado apenas si que he tenido trabajo.

De vez en cuando, aún, todo mi ser se estremece cuando una mano amiga me acaricia primero, me palmea luego y me empuja con fuerza al fin para volar y romper la cortina de silencio que me cubre como una mortaja. En mis largos períodos de forzada inactividad entablo diálogos de silencio con mi compañera la campana de muerto y el campanillo. Él, me dice, que se siente orgulloso de comunicarse con el pueblo de manera jovial y festiva, cuando, espoleado por el arrebató momentáneo de una mano amiga, lanza al viento su sonido que comunica frescura y alegría en las procesiones y eventos esporádicos.

Mi otra compañera, la más veterana de los tres, pues lleva aquí casi 200 años, es pausada, tranquila, habla con sus silencios entre campanada y campanada.. Ella es la encargada de comunicar a todo el vecindario la mala noticia de una muerte.

Yo, por mi parte, me he ocupado desde siempre de todos los demás menesteres, inherentes a la vida del pueblo. Lo hago con gusto y me siento tremendamente útil.

Año tras año he ido cumpliendo mi deber solo interrumpido en Semana Santa desde el Gloria de Jueves santo hasta el gloria del Domingo de Pascua. Durante ese breve espacio de tiempo era sustituida por las matracas y las carracas, con gran regocijo, por cierto, de la chavalería.

Durante un día normal, me despierto al alba y cuando los primeros rayos de sol acarician los tejados, voy desgranando la primera, la segunda (con series de dos campanadas) y la tercera, (con series de tres), para la misa. Poco después, entro por las ventas de las casas y despierto a los niños con mimos de madre, para indicarles que deben ir a la escuela. Al medio día, cuando ya las gentes se encuentran afanadas en sus quehaceres cotidianos hago el toque del ángelus, e invito a todos los que trabajan en los alrededores del pueblo a soltar la esteva, o la hoz, o la criba del ciemo, o el azadón o el

cayado, a hincarse de rodillas en el suelo y después de trazar la señal de la cruz poner en los labios una oración:” El ángel del señor anunció a María.....”.

Al atardecer las tres señales para el rosario. Con ellas, además de invitar a grandes y chicos al rosario, marco la hora de recogerse en casa después de las faenas y las mujeres recuestan los pucheros en los trébedes y atizan la lumbre para la cena.

En los domingos y festivos además de toque a vísperas por la tarde, le celebramos con un repique o un volteo.

Además de todo esto estaban los sucesos esporádicos como bautizos, comuniones, bodas, e incluso algún hecho nefasto como fuegos o catástrofes naturales.

Desde esta atalaya, seguiré el tiempo que Dios quiera, presidiendo vuestras vidas y quiero deciros que cuando esporádicamente y sin razón aparente alguna me lanzáis al vuelo, me rejuveneceis y me dais fuerza para soportar estoicamente mis largos días, semanas e incluso meses de silencio.